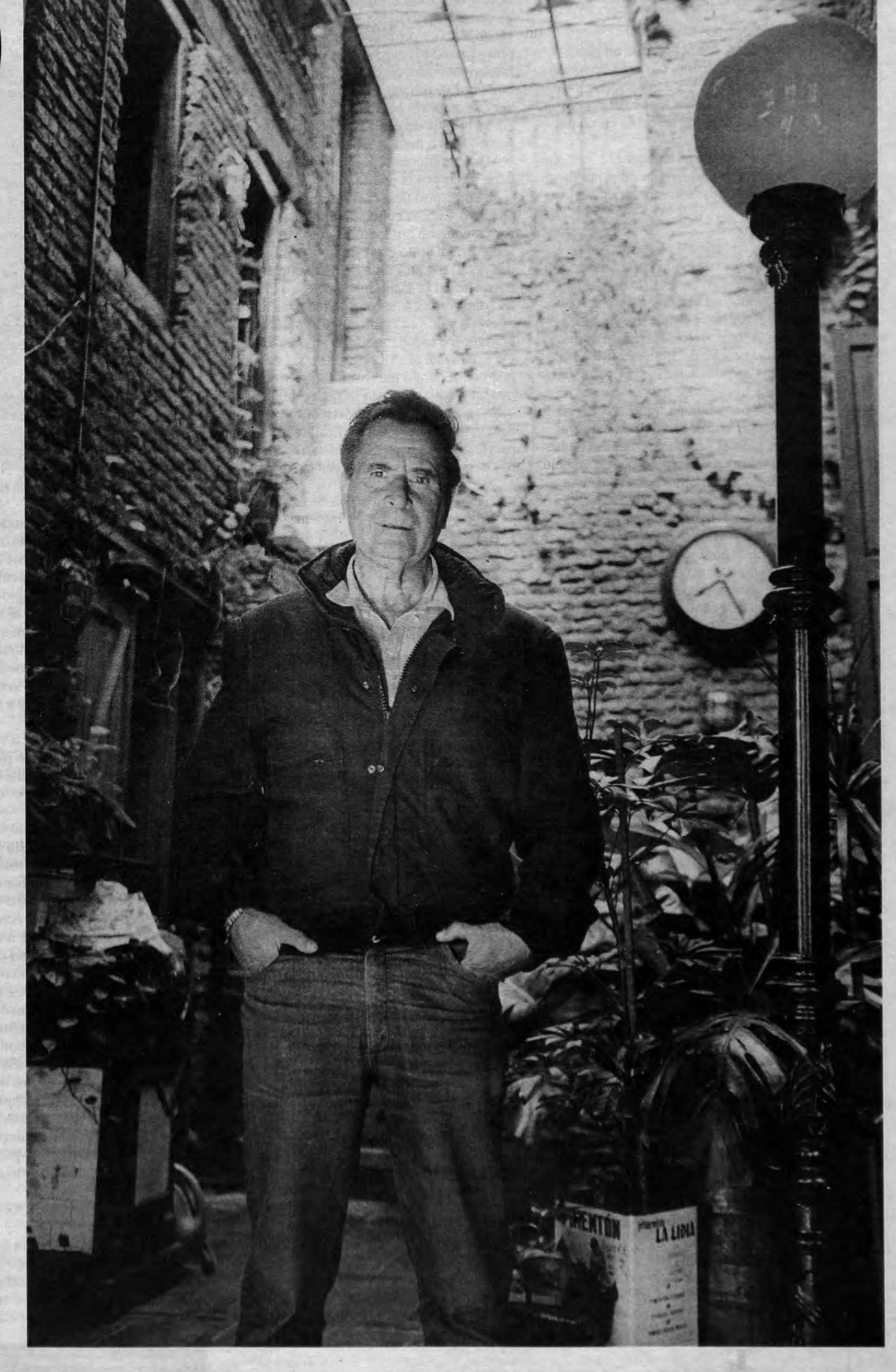
DALMIRO Sáenz



De la prosa de Sáenz podría decirse que posee un ritmo sincopado y nervioso. Alguien dijo una vez que sus relatos tenían "una contextura hirsuta", y hay algo de eso. Casi toda su obra se basa en un efectismo que busca sorprender, y que lo logra. Cuentista, novelista y autor teatral, este argentino nació en Buenos Aires en 1926 y vivió durante muchos años en la Patagonia, que es el escenario de algunos de sus relatos. Su tema preferido, como el de casi todo el mundo, es el amor, y la firme convicción de que este sentimiento, aun en sus más ríspidas manifestaciones sexuales, puede identificarse con Dios, confiriéndoles a los ejercicios sentimentales de sus personajes una implicación que podríamos denominar "metafísica".

Amor, sexo y erotismo configuran, entonces, junto a la proclividad a la violencia, algunos de los caracteres más frecuentes de sus cuentos. ¿Apelación a las fuerzas instintivas? ¿Receta exitista? ¿Moralismo bizarro? ¿Prueba de profesionalismo? ¿Tono personal? ¿Rebeldía? ¿Vitalidad? Sí, sobre todo vitalidad, que en literatura escasea y suele ser una virtud. De sus libros también podría decirse que son ensayos crudos sobre la condición política y moral de los argentinos. Pero hay quienes opinan que no es más que un pornógrafo, un novelista que escribe literatura para hombres solteros, de temática sensualista y conmocionante, sin valor literario.

Naturalmente, Dalmiro Sáenz no necesita el aplauso de nadie. Está más allá del oro y la fama. No tiene vehemencias de profeta. Si el lector mide sus libros con la vara mediocre del catecismo de la vida, esos libros le dejarán en el alma un acre sabor de inmoralidad. Pero ya sabemos que la pornografía en los libros está en directa proporción con la degeneración del cerebro del lector.

A propósito del relato que presentamos a continuación, Dalmiro Sáenz escribió:

"Uno es lo que supone que es en los pensamientos de los otros.

"'Ser es ser distinto'" es un cuento (futuro capítulo de una novela) en donde un personaje llamado Gustavo se busca a sí mismo en la mirada de los otros sin darse cuenta que los otros están haciendo lo mismo con otros otros.

"Esos otros son ahora nuestros, o por lo menos lo son esas miradas. El lector imaginario que lee lo que el escritor está escribiendo es el principal personaje de todo cuento. El escritor sabe que él no debe estar metido en un cuento. Sabe que él es como la música en el cine: si se oye, es mala. Sabe que el lector se va a mirar como en un espejo en ese cuento, no buscando al autor, sino buscándose a sí mismo, como lo hace Gustavo.

"En 'Ser es ser distinto' Gustavo logra su objetivo, logra ser mirado, ser pensado, logra ser. Tal vez Hamlet estaba equivocado, no es: 'ser o no ser', sino 'ser y no ser'".

Guillermo Piro

Por Dalmiro Sáenz

Ser es Se

Dos pasajes para Miami, por favor.

La empleada levantó la vista y una leve perturbación alteró su mirada.

–¿Para qué día?

–El martes.

–Tiene vuelo a las 19 horas. ¿A nombre de quién?

–Matías Boer.

–¿Y el otro?

–Matías Boer.

–¿Su hijo? –preguntó la empleada sonriendo.

–No. Yo mismo.

La expresión de la chica fue un prodigio de profesionalismo. No dejó de sonreír y tampoco puso cara de que todos los días vendía dos pasajes a una sola persona porque esa persona no cabía en un solo asiento.

En cambio se animó a sugerir.

–¿No le convendría viajar en primera señor? Los asientos son mucho más anchos.

–No. Ya probé.

Más o menos fue así el diálogo entre Matías Boer, ex campeón latinoamericano de lucha grecorromana, de un metro ochenta y cinco de altura y ciento sesenta kilos de peso, con la empleada de Avianca Líneas Aéreas Colombianas de un metro sesenta y nueve de altura y cincuenta y seis kilos de peso.

El peso y la altura de esta empleada de Avianca no tiene mucha importancia, salvo para acotar que el promedio de altura y peso de todo el personal femenino de la empresa, incluyendo el personal de vuelo, no se diferenciaba demasiado del de esa chica; por lo tanto, las cuatro azafatas del vuelo 315 de ese martes tenían físicos más o menos parecidos.

Una de ellas por ejemplo se llama Graciela y ese martes, una hora después de despegar, camina por el pasillo del avión en dirección a la cabina. Tiene piernas realmente lindas, tal vez su empleo lo consiguió gracias a sus piernas, porque su puntaje para ingresar en la compañía no fue muy alto. Son piernas infantiles, de erotismo distraído, bastante coherentes con su cola y con esas medias ingenuas que Avianca decidió adoptar después de que la mujer de uno de los directores viajó por Air France.

Graciela tiene un marido y un chiquito y también una mujer que trabaja en su casa con cama adentro y que cobra un sueldo no muy inferior al de ella.

–Para pagarle a la mucama trabajás de mucama –le había dicho hacía unas horas su marido en una de las frecuentes peleas y ella le había contestado con los ojos llenos de lágrimas:

–Tengo dos hombres que mantener.

–Hija de puta –le había contestado él–, es la primera vez que me quedo sin trabajo desde que nos casamos.

–No me refería a vos solamente... estoy embarazada –le había mentido ella, quien sabe por qué.

Ahora, Graciela camina como una modelo por esa pasarela a ocho mil metros de altura y lleva en sus manos un vaso de whisky con hielo y sin soda para ese hombre que ocupa dos asientos.

Cuando se lo entregó, el hombre tomó el vaso con sus manos y Graciela no pensó en lo que sentiría una mujer con esas manos sobre su cuerpo porque su cabeza estaba en otra cosa.

En cambio Liliana, la otra azafata, le estaba diciendo al comisario de a bordo.

–...cogerá de espaldas en la cama, cómo se va a poner encima de una mujer.

–Hay mucha grasa, pero también hay mucho músculo –había comentado el comisario de a bordo con la mirada perdida en el cielo encuadrado por la ventanilla.

Era un cielo de color de ese salmón que sólo se servía en primera clase, y atravesado por una nube gris de color del acero. La línea de la nube era curva y un haz de luz proveniente de ese último sol del día martes la cruzaba deshilachándose en un arco iris negro de extraordinaria belleza. Tal vez en todo el mundo no existiese en ese momento un cuadro tan bello como el que enmarcaba la ventanilla del avión. El comisario de a bordo era un hombre sensible y bastante culto, solía frecuentar museos, incluso había llorado un día en el Prado ante un primitivo flamenco y en otra ocasión los zapatos de Van Gogh lo habían retenido, cerca de una hora; sin embargo su mirada traspasaba la nube sin ver ese arco iris negro que parecía predecir una lluvia de cenizas y sus palabras fueron más o menos éstas:

–Qué problema si quiere ir al baño. No debe pasar por la puerta.

El comisario de a bordo se llamaba Gustavo y había conocido épocas mejores, aunque no tan mejores como él pensaba. Era distinto estar detrás del mostrador de un bar en Punta del Este con una coctelera en la mano tuteando a los clientes, que sonreír a señoras, enderezar los asientos y de vez en cuando limpiar algún vómito. De todos modos no se quejaba. De cada viaje al exterior retornaba con algún contrabando intranscendente y dos o tres anécdotas también intrascendentes.

Su padre y dos de sus hermanos pertenecían a la Fuerza Aérea. Eran fuertes, personales, seguros de sí mismos y buenas personas. Más de una vez lo habían defendido cuando alguien le decía "azafato". Gustavo quería a su padre y a sus hermanos pero era consciente de que por culpa de ellos él era prácticamente invisible. Nunca había sido protagonista de nada, había nacido para testigo. No tenía ninguna cualidad descollante, ni siquiera era feo. No era nada.



Ahora, Graciela camina como una modelo por esa pasarela a ocho mil metros de altura y lleva en sus manos un vaso de whisky con hielo y sin soda para ese hombre que ocupa dos asientos.

–¿Por qué pensás que soy gay? –le había preguntado una vez a una mujer.

–Y... no sé, vivís solo... tenés madre y no trataste ni siquiera de besarme.

–Las tres cosas son ciertas –había dicho él y ella había mirado dubitativa a ese hombre que no recordaría jamás.

En el asiento 9A está sentada Lucía Tarquini. Gustavo la conoce de otros viajes. La expresión de su cara es difícil de olvidar porque hace pocos minutos lloraba en la confitería del aeropuerto. Ahora, su mirada radiante parece atravesar la luz que esas lágrimas generaron en sus ojos, como si esa frontera que separa el país de la alegría del país de la tristeza fuese tan ancha como una lluvia empapando al mismo tiempo esas dos patrias.

Lucía Tarquini se había enamorado de un hombre bastante mayor que ella, un malcriado por antiguos amores que hacía poco le había dicho: –No te doy bola porque me das fiaca. Te lo digo en serio, no tengo ganas de un gran amor.

Ella supo que era cierto. Hacía quince días que se habían enamorado y habían vivido quince días maravillosos, conscientes de que una vez transcurrido el tiempo de su licencia ella volvería a su empleo en el Consulado Argentino de Miami y él volvería a sus variadas y tal vez sabias escaramuzas seximentales.

–Yo no te pido un gran amor –había aventurado ella y él le había contestado:

–Me pedís un gran amor. No serías vos si no me lo pidieras.

–Sí –admitió ella–, te pido un gran amor.

–Sos mucha mina para un haragán. Mañana te acompaño a Ezeiza y nunca más nos volveremos a ver.

En la confitería del aeropuerto casi ni hablaron. El le apretaba la mano sobre el mantel y ella consiguió decir:

–No puede ser.

–Es.

–Sí es, pero no puede ser. No puede ser que uno de los dos no pueda hacer una concesión.

–Si la hiciéramos no seríamos nosotros.

Ella había mirado esa cara a través de las lágrimas y cuando por los altavoces anunciaron la salida de su avión, tomó la cartera y sin besarlo se dirigió hasta la puerta de embarque. Lloró todo el tiempo. Lloró en la cola, lloró en la pista frente a la escalera y lloró mientras pensaba: "Nunca más lo voy a ver, me está mirando a través del vidrio de la ventana de la confitería... pero no me voy a dar vuelta, no quiero verlo nunca más".

Entonces se dio vuelta. La ventana de la confitería estaba lejos, no había nadie allí. En cambio detrás de ella, con su tarjeta de embarque en la mano, estaba él.

–Yo tengo el 9B –dijo.

–Yo tengo el 9A –contestó ella mientras las lágrimas de su alegría arrasaban los últimos vestigios de su maquillaje.

Un rato antes cuando él fue al baño ella le había contado el episodio a Gustavo y Gustavo pensó que pocas veces había visto tanto amor en los ojos de una mujer. Cuando el hombre volvió del baño Gustavo lo miró con atención, quiso saber qué cara tenía el hombre capaz de provocar esa mirada y no le pareció nada extraordinaria. Gustavo pensó que si hubieran estado en primera clase les alcanzaría una copa de champagne y también pensó que él jamás sería mirado así por una mujer y que su persona jamás se alojaría por mucho tiempo en los pensamientos de nadie.

Sus reflexiones se interrumpieron al cruzarse con Graciela en el pasillo por donde avanzaba con la bandeja del almuerzo.

–¿Tu marido cómo anda, Graciela? –le preguntó.

–No sé. No me interesa, lo odio.

En ese mismo instante algo estalló dentro de Matías Boer. En el azar de la química de su enorme cuerpo, elementos glandulares genéticos y culturales combinaron una alquimia poco frecuente que hizo estallar la paz de su cerebro y liberó esa locura inexplicable que los orientales llaman "amok" y que la literatura occidental recogió en *Orlando Furioso* y que en los archivos judiciales catalogan como "furia homicida".



Gustavo había entrado en la cabina de los pilotos cerrando la puerta sin enterarse de que segundos más tarde sobre la alfombra caerían algunos de los dientes de Graciela y que Graciela correría desesperada con el labio partido y la sangre empapando su estupor.

Todo había empezado cuando la bandeja del almuerzo voló por los aires.

El peso de esa bandeja con los cubiertos de plástico, los platos y el vaso no era mucho mayor que el peso del mus de chocolate más el filé de pescado más la ensalada rusa más el pan. Todo junto era de una liviandad tal que, cuando la mano de Matías Boer la golpeó y aquellas irrelevancias cruzaron ese cielo de asombro de la cabina, los pasajeros no tuvieron casi tiempo de colocar su pánico en el casillero de alguna lógica.

Después fueron los dos pasajeros sentados frente a Matías Boer el blanco de su furia. La fuerza con que empujó los asientos hacia adelante fue tan grande que, a pesar de tener los dos las cabezas apoyadas en el respaldar, fueron prácticamente desnucados.

De ahí en más, esa locura desatada dentro de los ciento sesenta kilos que era Matías Boer avanzó como un ariete.

La velocidad era tal que Graciela no llegó siquiera a la puerta de la cabina, porque la cabeza del hombre la golpeó en la espalda más o menos a la altura de la etérea línea casi inexistente del corpiño bajo la transparencia de la blusa. Probablemente haya muerto ahí mismo, con la boca abierta desdentada y las encías san-

Noticia biográfica de Guillermo Piro. Se reproduce aquí por gentileza del autor.

Por Dalmiro Sáenz

Ser es ser distinto

Dos pasajes para Miami, por favor.

La empleada levantó la vista y una leve perturbación alteró su mirada.

–¿Para qué día?

–El martes.

–Tiene vuelo a las 19 horas. ¿A nombre de quién?

–Matías Boer.

–¿Y el otro?

–Matías Boer.

–¿Su hijo? –preguntó la empleada sonriendo.

–No. Yo mismo.

La expresión de la chica fue un prodigio de profesionalismo. No dejó de sonreír y tampoco puso cara de que todos los días vendía dos pasajes a una sola persona porque esa persona no cabía en un solo asiento.

En cambio se animó a sugerir.

–¿No le convendría viajar en primera señor? Los asientos son mucho más anchos.

–No. Ya probé.

Más o menos fue así el diálogo entre Matías Boer, ex campeón latinoamericano de lucha grecorromana, de un metro ochenta y cinco de altura y ciento sesenta kilos de peso, con la empleada de Avianca Líneas Aéreas Colombianas de un metro sesenta y nueve de altura y cincuenta y seis kilos de peso.

El peso y la altura de esta empleada de Avianca no tiene mucha importancia, salvo para acotar que el promedio de altura y peso de todo el personal femenino de la empresa, incluyendo el personal de vuelo, no se diferenciaba demasiado del de esa chica; por lo tanto, las cuatro azafatas del vuelo 315 de ese martes tenían físicos más o menos parecidos.

Una de ellas por ejemplo se llama Graciela y ese martes, una hora después de despegar, camina por el pasillo del avión en dirección a la cabina. Tiene piernas realmente lindas, tal vez su empleo lo consiguió gracias a sus piernas, porque su puntaje para ingresar en la compañía no fue muy alto. Son piernas infantiles, de erotismo distraído, bastante coherentes con su cola y con esas medias ingenuas que Avianca decidió adoptar después de que la mujer de uno de los directores viajó por Air France.

Graciela tiene un marido y un chiquito y también una mujer que trabaja en su casa con cama adentro y que cobra un sueldo no muy inferior al de ella.

–Para pagarle a la mucama trabajás de mucama –le había dicho hacía unas horas su marido en una de las frecuentes peleas y ella le había contestado con los ojos llenos de lágrimas:

–Tengo dos hombres que mantener.

–Hija de puta –le había contestado él–, es la primera vez que me quedo sin trabajo desde que nos casamos.

–No me refería a vos solamente... estoy embarazada –le había mentido ella, quien sabe por qué.

Ahora, Graciela camina como una modelo por esa pasarela a ocho mil metros de altura y lleva en sus manos un vaso de whisky con hielo y sin soda para ese hombre que ocupa dos asientos.

Cuando se lo entregó, el hombre tomó el vaso con sus manos y Graciela no pensó en lo que sentiría una mujer con esas manos sobre su cuerpo porque su cabeza estaba en otra cosa.

En cambio Liliana, la otra azafata, le estaba diciendo al comisario de a bordo.

–...cogerá de espaldas en la cama, cómo se va a poner encima de una mujer.

–Hay mucha grasa, pero también hay mucho músculo –había comentado el comisario de a bordo con la mirada perdida en el cielo encuadrado por la ventanilla.

Era un cielo de color de ese salmón que sólo se servía en primera clase, y atravesado por una nube gris de color del acero. La línea de la nube era curva y un haz de luz proveniente de ese último sol del día martes la cruzaba deshilachándose en un arco iris negro de extraordinaria belleza. Tal vez en todo el mundo no existiese en ese momento un cuadro tan bello como el que enmarcaba la ventanilla del avión. El comisario de a bordo era un hombre sensible y bastante culto, solía frecuentar museos, incluso había llorado un día en el Prado ante un primitivo flamenco y en otra ocasión los zapatos de Van Gogh lo habían retenido, cerca de una hora; sin embargo su mirada traspasaba la nube sin ver ese arco iris negro que parecía predecir una lluvia de cenizas y sus palabras fueron más o menos éstas:

–Qué problema si quiere ir al baño. No debe pasar por la puerta.

El comisario de a bordo se llamaba Gustavo y había conocido épocas mejores, aunque no tan mejores como él pensaba. Era distinto estar detrás del mostrador de un bar en Punta del Este con una coctelera en la mano tuteando a los clientes, que sonreír a señoras, enderezar los asientos y de vez en cuando limpiar algún vómito. De todos modos no se quejaba. De cada viaje al exterior retornaba con algún contrabando intranscendente y dos o tres anécdotas también intrascendentes.

Su padre y dos de sus hermanos pertenecían a la Fuerza Aérea. Eran fuertes, personales, seguros de sí mismos y buenas personas. Más de una vez lo habían

> **"Ahora, Graciela camina como una modelo por esa pasarela a ocho mil metros de altura y lleva en sus manos un vaso de whisky con hielo y sin soda para ese hombre que ocupa dos asientos."**

defendido cuando alguien le decía "azafato". Gustavo quería a su padre y a sus hermanos pero era consciente de que por culpa de ellos él era prácticamente invisible. Nunca había sido protagonista de nada, había nacido para testigo. No tenía ninguna cualidad descollante, ni siquiera era feo. No era nada.

–¿Por qué pensás que soy gay? –le había preguntado una vez a una mujer.

–Y... no sé, vivís solo... tenés madre y no trataste ni siquiera de besarme.

–Las tres cosas son ciertas –había dicho él y ella había mirado dubitativa a ese hombre que no recordaría jamás.

En el asiento 9A está sentada Lucía Tarquini. Gustavo la conoce de otros viajes. La expresión de su cara es difícil de olvidar porque hace pocos minutos lloraba en la confitería del aeropuerto. Ahora, su mirada radiante parece atravesar la luz que esas lágrimas generaron en sus ojos, como si esa frontera que separa el país de la alegría del país de la tristeza fuese tan ancha como una lluvia empapando al mismo tiempo esas dos patrias.

Lucía Tarquini se había enamorado de un hombre bastante mayor que ella, un malcriado por antiguos amores que hacía poco le había dicho: –No te doy bola porque me das fiaca. Te lo digo en serio, no tengo ganas de un gran amor.

Ella supo que era cierto. Hacía quince días que se habían enamorado y habían vivido quince días maravillosos, conscientes de que una vez transcurrido el tiempo de su licencia ella volvería a su empleo en el Consulado Argentino de Miami y él volvería a sus variadas y tal vez sabias escaramuzas seximentales.

–Yo no te pido un gran amor –había aventurado ella y él le había contestado:

–Me pedís un gran amor. No serías vos si no me lo pidieras.

–Sí –admitió ella–, te pido un gran amor.

–Sos mucha mina para un haragán. Mañana te acompaño a Ezeiza y nunca más nos volveremos a ver.

En la confitería del aeropuerto casi ni hablaron. El le apretaba la mano sobre el mantel y ella consiguió decir:

–No puede ser.

–Es.

–Sí es, pero no puede ser. No puede ser que uno de los dos no pueda hacer una concesión.

–Si la hiciéramos no seríamos nosotros.

Ella había mirado esa cara a través de las lágrimas y cuando por los altavoces anunciaron la salida de su avión, tomó la cartera y sin besarlo se dirigió hasta la puerta de embarque. Lloró todo el tiempo. Lloró en la cola, lloró en la pista frente a la escalera y lloró mientras pensaba: "Nunca más lo voy a ver, me está mirando a través del vidrio de la ventana de la confitería... pero no me voy a dar vuelta, no quiero verlo nunca más".

Entonces se dio vuelta. La ventana de la confitería estaba lejos, no había nadie allí. En cambio detrás de ella, con su tarjeta de embarque en la mano, estaba él.

–Yo tengo el 9B –dijo.

–Yo tengo el 9A –contestó ella mientras las lágrimas de su alegría arrasaban los últimos vestigios de su maquillaje.

Un rato antes cuando él fue al baño ella le había contado el episodio a Gustavo y Gustavo pensó que pocas veces había visto tanto amor en los ojos de una mujer. Cuando el hombre volvió del baño Gustavo lo miró con atención, quiso saber qué cara tenía el hombre capaz de provocar esa mirada y no le pareció nada extraordinaria. Gustavo pensó que si hubieran estado en primera clase les alcanzaría una copa de champagne y también pensó que él jamás sería mirado así por una mujer y que su persona jamás se alojaría por mucho tiempo en los pensamientos de nadie.

Sus reflexiones se interrumpieron al cruzarse con Graciela en el pasillo por donde avanzaba con la bandeja del almuerzo.

–¿Tu marido cómo anda, Graciela? –le preguntó.

–No sé. No me interesa, lo odio.

En ese mismo instante algo estalló dentro de Matías Boer. En el azar de la química de su enorme cuerpo, elementos glandulares genéticos y culturales combinaron una alquimia poco frecuente que hizo estallar la paz de su cerebro y liberó esa locura inexplicable que los orientales llaman "amok" y que la literatura occidental recogió en *Orlando Furioso* y que en los archivos judiciales catalogan como "furia homicida".

Gustavo había entrado en la cabina de los pilotos cerrando la puerta sin enterarse de que segundos más tarde sobre la alfombra caerían algunos de los dientes de Graciela y que Graciela correría desesperada con el labio partido y la sangre empapando su estupor.

Todo había empezado cuando la bandeja del almuerzo voló por los aires.

El peso de esa bandeja con los cubiertos de plástico, los platos y el vaso no era mucho mayor que el peso del mus de chocolate más el filé de pescado más la ensalada rusa más el pan. Todo junto era de una liviandad tal que, cuando la mano de Matías Boer la golpeó y aquellas irrelevancias cruzaron ese cielo de asombro de la cabina, los pasajeros no tuvieron casi tiempo de colocar su pánico en el casillero de alguna lógica.

Después fueron los dos pasajeros sentados frente a Matías Boer el blanco de su furia. La fuerza con que empujó los asientos hacia adelante fue tan grande que, a pesar de tener los dos las cabezas apoyadas en el respaldar, fueron prácticamente desnucados.

De ahí en más, esa locura desatada dentro de los ciento sesenta kilos que era Matías Boer avanzó como un ariete.

La velocidad era tal que Graciela no llegó siquiera a la puerta de la cabina, porque la cabeza del hombre la golpeó en la espalda más o menos a la altura de la etérea línea casi inexistente del corpiño bajo la transparencia de la blusa. Probablemente haya muerto ahí mismo, con la boca abierta desdentada y las encías sangrantes y no extendida sobre la alfombra, sino colgada como una muñeca desarticulada sobre un respaldar.

Matías Boer corría como un huracán por la cabina. Iba y venía. Sus puños golpeaban todo lo que entraba en la órbita de sus brazos.

La mandíbula de Florencia Wilkinson había formado parte durante toda su vida de un perfil fino y delicado que aún ahora, a los setenta años, mantenía. El golpe de Matías Boer no sólo trituró el hueso sino que lo desplazó como algo casi irreal en esa cabeza de canas prolijas, cejas cuidadas y anteojos bifocales sobre la nariz perfecta.

Los hermanos Sartú se habían ubicado en asientos separados porque uno de ellos fumaba. Los dos habían jugado de forwars en una primera de rugby. El mayor no llegó a jugar en Los Pumas, pero fue Pumita dos años seguidos. El más chico había dejado el waterpolo por el box y a ambos deportes por la preciosa mujer que viajaba a su lado. Fueron los primeros en reaccionar. Les bastó mirarse y en un instante ambos estuvieron de pie en el pasillo.

En ese momento, Matías Boer avanzaba hacia la proa del avión y se alejaba de ellos dejando un tendal de cabezas aplastadas y cuerpos tendidos, no sólo por los puños sino también por los codos, los pies y la enorme frente ensangrentada. Cada tanto hundía las puertitas de los equipajes o arrancaba de cuajo algún asiento. Súbitamente se dio vuelta y volvió velocísimo sobre sus pasos, pisoteó el cuerpo de la segunda azafata extendido en el suelo; con la mano abierta golpeó la cara de un hombre y antes de que el cuerpo de ese hombre llegase al suelo se detuvo. Uno de los hermanos Sartú intentó taclearlo. El otro Sartú vio caer a su hermano con la cabeza destrozada y atinó a lanzar su puño izquierdo con la misma fuerza y precisión con que tantas veces lo había hecho en el ring. Nunca llegó a saber si su puño había llegado a destino. La mano de Matías Boer le agarró la piel de la cara y la arrancó, dejando al descubierto los huesos al costado de los dientes, el pómulo y el maxilar. Después levantó al menor de los Sartú como a un estorbo y estrelló su cuerpo contra la salida de emergencia.

A un chico de unos cinco años lo tomó por un tobillo y lo revoleó varias veces sobre su cabeza; la cara del chico por unos instantes parecía reír como si esa cara no hubiese sido preparada para el terror, cuando Boer lo soltó, el liviano cuerpo del chico atravesó de punta a punta la cabina. Su vuelo, dentro del vuelo del avión, era una paradoja imposible atravesando el aire con los brazos abiertos y esa pierna casi arrancada de la cadera.

Los pilotos actuaron con serenidad Uno de ellos abrió la puerta de la cabina. Luego cerraron la puerta con llave y con su compañero decidieron levantar la nariz del avión y bajarla bruscamente con la intención de hacer rodar a Matías Boer por el pasillo. No había ningún arma a bordo. Las empresas aéreas habían tomado la decisión de no llevar armas desde hacía años y a ninguno de los dos pilotos se les ocurrió otra cosa que desequilibrar esa locura desatada; pero los gritos de los pasajeros parecían indicar que el daño era aún mayor.

Gustavo pensó cómo hubiera actuado su padre o sus hermanos de haber estado en esta circunstancia. Los pilotos no repararon en Gustavo. Se comunicaron con tierra. Nadie parecía preparado para esta situación. Sólo uno aventuró un consejo.

–Háblele por el parlante, trate de calmarlo, prométale cualquier cosa, dígale...

Fue el técnico de vuelo el que tuvo la idea. De todos los miembros de la tripulación, él era el más apto para enfrentar el problema. Los técnicos de vuelo tienen una idea de conjunto que no tienen los demás. Dominan la parte mecánica y eléctrica, tienen cierta noción de pilotaje y conocen todos los vericuetos del avión. Inesperadamente preguntó:

–¿Viaja Céspedes?

–Tiene setenta años.

–¿Pero embarcó?

–Sí.

Sabían que Eusebio Williams Céspedes siempre viajaba con un arma dentro del portafolio, que desde luego iba en la bodega.

Los dos pilotos miraron al técnico de vuelo.

–Yo puedo llegar a la bodega y traer la pistola de Céspedes.

–¿Por dónde?

–Por ahí. Puedo levantar el piso y pasar por acá a la bodega –dijo señalando el plano del avión.

Mientras el técnico procedía a destornillar los tornillos que sujetaban las planchas del piso, la voz del comandante decía por el micrófono:

–Señor... señor, le habla el comandante. ¿Me escucha, señor? Habla el comandante. Le pido que se calme. Queremos hablar con usted... La empresa me ha autorizado para otorgarle lo que usted pida... ¿Me escucha, señor?

Cuando la plancha fue levantada el técnico miró hacia el fondo de la bodega, la altura era muy grande, después levantó la vista, miró a todos y todos lo miraron.

Gustavo se preguntó qué estaría sintiendo ese hombre al verse mirado de esa forma. El técnico de vuelo volvió a mirar al hueco y después dijo:

–No. Es imposible... no me animo.

Fue entonces que Gustavo sin decir nada y sin mirar el asombro en los ojos de los demás, se precipitó por el hueco oscuro de la bodega.

Cayó sobre unas bolsas de semilla y sobre unas valijas. El cambio de temperatura lo mareó. El paso de los veinte grados centígrados de la cabina a los cuarenta grados bajo cero de la bodega le produjo una lipotimia tan fuerte que no pudo mantenerse de pie. Con todo se arrastró hacia el lugar en donde sabía que estaba el arma. Con los dedos entumecidos consiguió abrir el portafolio. La pistola era una Walther 9 mm y Gustavo la tomó con las dos manos, pero cuando quiso avanzar, sus piernas no le obedecieron. Pensó en disparar un tiro para que lo escucharan en la cabina, pero sus dedos congelados no pudieron mover la corredera.

Quiso gritar, pero los músculos de su



> **"La mano de Matías Boer le agarró la piel de la cara y la arrancó, dejando al descubierto los huesos al costado de los dientes, el pómulo y el maxilar."**

cara se habían congelado. Nunca llegó a enterarse de que sobre su cabeza la puerta de la cabina se había desplazado hacia adentro arrancada de sus goznes y que los enormes brazos de Matías Boer destrozaron los cráneos de los pilotos. Mientras el avión caía a pique, Matías Boer concentró toda su furia en destrozar la cafetera y la caja de cartón con las servilletas.

Antes de estrellarse, el avión levantó inesperadamente la nariz y al horizontalizarse ya tocando tierra la frágil estructura se fue destrozando a lo largo del suelo seco en las afueras de Purmamarca. La cicatriz que fue dejando tenía más de un kilómetro de largo, una turbina desprendida trazó una zanja honda y dura, como un entrecejo de fastidio sobre la frente del altiplano.

Cuando los primeros pobladores se fueron acercando, el silencio ya había retornado. Muy lejos, un guanaco colocó nuevamente su atención sobre una mata. El mundo animal persistía, en muchos lados el planeta era horadado por infinitas insistencias y en cada una de esas cuevas los pequeños latidos continuaban. Los hombres y mujeres de Purmamarca contemplaban aquella interrupción de metales retorcidos y cuerpos diseminados. Una mujer levantó un salero.

Los pobladores miraban sin respeto a los cadáveres. Era difícil respetar a esos cuerpos desarticulados en posiciones que la lógica no podía concebir. No eran grotescos, eran imposibles.

Sólo aquellos cuerpos que Matías Boer había muerto antes que el avión se estrellara conservaban cierta homogeneidad, como si el hecho de llegar ya muertos a la muerte les otorgara el derecho a alojarse como grupo en los recuerdos de los habitantes de Purmamarca. Pero, aun así, su permanencia en esos recuerdos iba a resultar efímera porque uno de los cadáveres, uno solo, amenazaba con empujar a todos los otros al borde del olvido. Era el cadáver de Gustavo.

Los objetos de la bodega no estaban tan dispersos y algunas valijas y bolsos se habían amontonado y entre ellos se erguía una estatua en la llanura, un hombre de hielo con un arma en la mano.

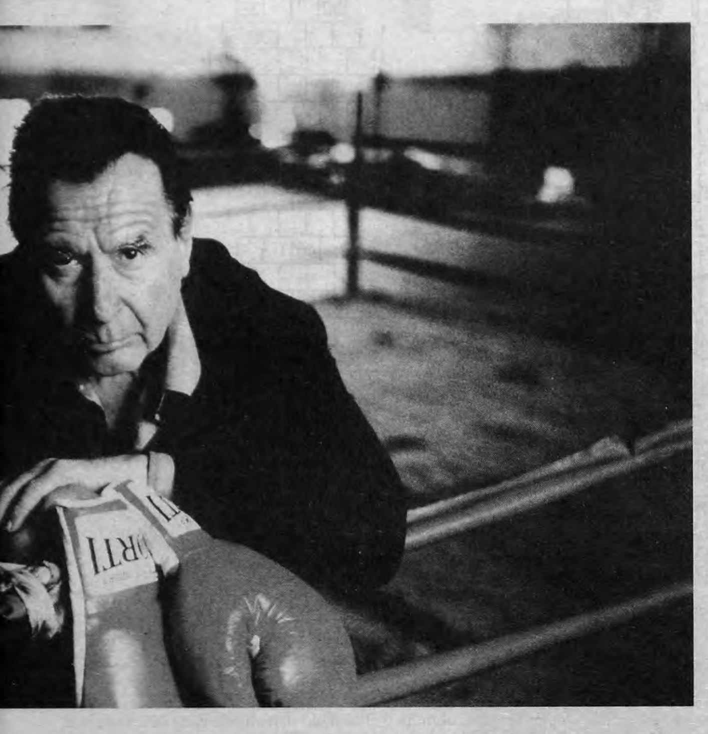
Gustavo ahora se reflejaba en cada una de las pupilas que lo miraban, había adquirido una majestuosidad que jamás en vida había conocido. Parecía un Dios recién llegado del cielo. Las facciones de su cara cinceladas en el cristal de ese frío mantenían viva la piel de la muerte sobre la carne absorta y la sangre quieta. Los ojos abiertos oteaban un horizonte tan cercano como el grosor del hielo que los cubría.

Las manos de Gustavo, juntas como en una plegaria, se aferraban a la pistola. Las cachas de madera y el metal empavonado asomando entre los dedos de vidrio reflejaban el sol del mediodía y la línea transparente de hielo que unía el guión con el punto de mira del arma emitió un leve sonido al quebrarse. Pronto, se convertiría en agua.

El deshielo fue atroz. Comenzó en la cabeza, en el pelo de estatua que poco a poco fue apareciendo como un estropajo mojado sobre la piel violácea de la frente. Las cejas retuvieron un poco más el frío y una de las orejas, la del lado de la sombra, se negó por un rato a convertirse en otro montículo de carne retorcida. La podredumbre, desvestida de transparencia, emergió impúdica en los espacios no cubiertos por la ropa empapada y hasta la verticalidad de ese cuerpo súbitamente sucumbió provocando la señal de la cruz en una de las mujeres, un suspiro en otra y la absoluta certeza de que Gustavo jamás sería olvidado por ninguno de los pobladores del altiplano. ■

Noticia biográfica de Guillermo Piro. Se reproduce aquí por gentileza del autor.

er distinto



grantes y no extendida sobre la alfombra, sino colgada como una muñeca desarticulada sobre un respaldar.

Matías Boer corría como un huracán por la cabina. Iba y venía. Sus puños golpeaban todo lo que entraba en la órbita de sus brazos.

La mandíbula de Florencia Wilkinson había formado parte durante toda su vida de un perfil fino y delicado que aún ahora, a los setenta años, mantenía. El golpe de Matías Boer no sólo trituró el hueso sino que lo desplazó como algo casi irreal en esa cabeza de canas prolijas, cejas cuidadas y anteojos bifocales sobre la nariz perfecta.

Los hermanos Sartú se habían ubicado en asientos separados porque uno de ellos fumaba. Los dos habían jugado de forwars en una primera de rugby. El mayor no llegó a jugar en Los Pumas, pero fue Pumita dos años seguidos. El más chico había dejado el waterpolo por el box y a ambos deportes por la preciosa mujer que viajaba a su lado. Fueron los primeros en reaccionar. Les bastó mirarse y en un instante ambos estuvieron de pie en el pasillo.

En ese momento, Matías Boer avanzaba hacia la proa del avión y se alejaba de ellos dejando un tendal de cabezas aplastadas y cuerpos tendidos, no sólo por los puños sino también por los codos, los pies y la enorme frente ensangrentada. Cada tanto hundía las puertitas de los equipajes o arrancaba de cuajo algún asiento. Súbitamente se dio vuelta y volvió velocísimo sobre sus pasos, pisoteó el cuerpo de la segunda azafata extendido en el suelo; con la mano abierta golpeó la cara de un hombre y antes de que el cuerpo de ese hombre llegase al suelo se detuvo. Uno de los hermanos Sartú intentó tacklearlo. El otro Sartú vio caer a su hermano con la cabeza destrozada y atinó a lanzar su puño izquierdo con la misma fuerza y precisión con que tantas veces lo había hecho en el ring. Nunca llegó a saber si su puño había llegado a destino. La mano de Matías Boer le agarró la piel de la cara y la arrancó, dejando al descubierto los huesos al costado de los dientes, el pómulo y el maxilar. Después levantó al menor de los Sartú como a un estorbo y estrelló su cuerpo contra la salida de emergencia.

A un chico de unos cinco años lo tomó por un tobillo y lo revoleó varias veces sobre su cabeza; la cara del chico por unos instantes parecía reír como si esa cara no hubiese sido preparada para el terror, cuando Boer lo soltó, el liviano cuerpo del chico atravesó de punta a punta la cabina. Su vuelo, dentro del vuelo del avión, era una paradoja imposible atravesando el aire con los brazos abiertos y esa pierna casi arrancada de la cadera.

Los pilotos actuaron con serenidad Uno de ellos abrió la puerta de la cabina. Luego cerraron la puerta con llave y con su compañero decidieron levantar la nariz del avión y bajarla bruscamente con la intención de hacer rodar a Matías Boer por el pasillo. No había ningún arma a bordo. Las empresas aéreas habían tomado la decisión de no llevar armas desde hacía años y a ninguno de los dos pilotos se les ocurrió otra cosa que desequilibrar esa locura desatada; pero los gritos de los pasajeros parecían indicar que el daño era aún mayor.

Gustavo pensó cómo hubiera actuado su padre o sus hermanos de haber estado en esta circunstancia. Los pilotos no repararon en Gustavo. Se comunicaron con tierra. Nadie parecía preparado para esta situación. Sólo uno aventuró un consejo.

–Háblele por el parlante, trate de calmarlo, prométale cualquier cosa, dígale...

Fue el técnico de vuelo el que tuvo la idea. De todos los miembros de la tripulación, él era el más apto para enfrentar el problema. Los técnicos de vuelo tienen una idea de conjunto que no tienen los demás. Dominan la parte mecánica y eléctrica, tienen cierta noción de pilotaje y conocen todos los vericuetos del avión. Inesperadamente preguntó:

–¿Viaja Céspedes?

–Tiene setenta años.

–¿Pero embarcó?

–Sí.

Sabían que Eusebio Williams Céspedes siempre viajaba con un arma dentro del portafolio, que desde luego iba en la bodega.

Los dos pilotos miraron al técnico de vuelo.

–Yo puedo llegar a la bodega y traer la pistola de Céspedes.

–¿Por dónde?

–Por ahí. Puedo levantar el piso y pasar por acá a la bodega –dijo señalando el plano del avión.

Mientras el técnico procedía a destornillar los tornillos que sujetaban las planchas del piso, la voz del comandante decía por el micrófono:

–Señor... señor, le habla el comandante. ¿Me escucha, señor? Habla el comandante. Le pido que se calme. Queremos hablar con usted... La empresa me ha autorizado para otorgarle lo que usted pida... ¿Me escucha, señor?

Cuando la plancha fue levantada el técnico miró hacia el fondo de la bodega, la altura era muy grande, después levantó la vista, miró a todos y todos lo miraron.

Gustavo se preguntó qué estaría sintiendo ese hombre al verse mirado de esa forma. El técnico de vuelo volvió a mirar al hueco y después dijo:

–No. Es imposible... no me animo.

Fue entonces que Gustavo sin decir nada y sin mirar el asombro en los ojos de los demás, se precipitó por el hueco oscuro de la bodega.

Cayó sobre unas bolsas de semilla y sobre unas valijas. El cambio de temperatura lo mareó. El paso de los veinte grados centígrados de la cabina a los cuarenta grados bajo cero de la bodega le produjo una lipotimia tan fuerte que no pudo mantenerse de pie. Con todo se arrastró hacia el lugar en donde sabía que estaba el arma. Con los dedos entumecidos consiguió abrir el portafolio. La pistola era una Walther 9 mm y Gustavo la tomó con las dos manos, pero cuando quiso avanzar, sus piernas no le obedecieron. Pensó en disparar un tiro para que lo escucharan en la cabina, pero sus dedos congelados no pudieron mover la corredera.

Quiso gritar, pero los músculos de su cara se habían congelado. Nunca llegó a enterarse de que sobre su cabeza la puerta de la cabina se había desplazado hacia adentro arrancada de sus goznes y que los enormes brazos de Matías Boer destrozaron los cráneos de los pilotos. Mientras el avión caía a pique, Matías Boer concentró toda su furia en destrozar la cafetera y la caja de cartón con las servilletas.

Antes de estrellarse, el avión levantó inesperadamente la nariz y al horizontalizarse ya tocando tierra la frágil estructura se fue destrozando a lo largo del suelo seco en las afueras de Purmamarca. La cicatriz que fue dejando tenía más de un kilómetro de largo, una turbina desprendida trazó una zanja honda y dura, como un entrecejo de fastidio sobre la frente del altiplano.

Cuando los primeros pobladores se fueron acercando, el silencio ya había retornado. Muy lejos, un guanaco colocó nuevamente su atención sobre una mata. El mundo animal persistía, en muchos lados el planeta era horadado por infinitas insistencias y en cada una de esas cuevas los pequeños latidos continuaban. Los hombres y mujeres de Purmamarca contemplaban aquella interrupción de metales retorcidos y cuerpos diseminados. Una mujer levantó un salero.

Los pobladores miraban sin respeto a los cadáveres. Era difícil respetar a esos cuerpos desarticulados en posiciones que la lógica no podía concebir. No eran grotescos, eran imposibles.

Sólo aquellos cuerpos que Matías Boer había muerto antes que el avión se estrellara conservaban cierta homogeneidad, como si el hecho de llegar ya muertos a la muerte les otorgara el derecho a alojarse como grupo en los recuerdos de los habitantes de Purmamarca. Pero, aun así, su permanencia en esos recuerdos iba a resultar efímera porque uno de los cadáveres, uno solo, amenazaba con empujar a todos los otros al borde del olvido. Era el cadáver de Gustavo.

Los objetos de la bodega no estaban tan dispersos y algunas valijas y bolsos se habían amontonado y entre ellos se erguía una estatua en la llanura, un hombre de hielo con un arma en la mano.

Gustavo ahora se reflejaba en cada una de las pupilas que lo miraban, había adquirido una majestuosidad que jamás en vida había conocido. Parecía un Dios recién llegado del cielo. Las facciones de su cara cinceladas en el cristal de ese frío mantenían viva la piel de la muerte sobre la carne absorta y la sangre quieta. Los ojos abiertos oteaban un horizonte tan cercano como el grosor del hielo que los cubría.

Las manos de Gustavo, juntas como en una plegaria, se aferraban a la pistola. Las cachas de madera y el metal empavonado asomando entre los dedos de vidrio reflejaban el sol del mediodía y la línea transparente de hielo que unía el guión con el punto de mira del arma emitió un leve sonido al quebrarse. Pronto, se convertiría en agua.

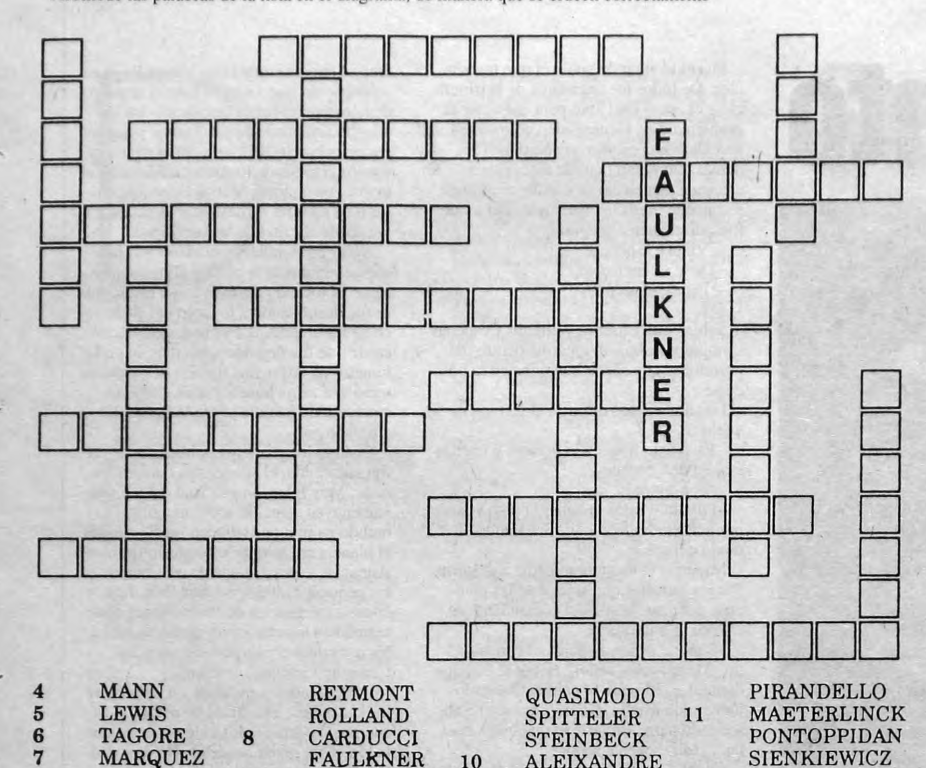
El deshielo fue atroz. Comenzó en la cabeza, en el pelo de estatua que poco a poco fue apareciendo como un estropajo mojado sobre la piel violácea de la frente. Las cejas retuvieron un poco más el frío y una de las orejas, la del lado de la sombra, se negó por un rato a convertirse en otro montículo de carne retorcida. La podredumbre, desvestida de transparencia, emergió impúdica en los espacios no cubiertos por la ropa empapada y hasta la verticalidad de ese cuerpo súbitamente sucumbió provocando la señal de la cruz en una de las mujeres, un suspiro en otra y la absoluta certeza de que Gustavo jamás sería olvidado por ninguno de los pobladores del altiplano. ■

> **La mano de Matías Boer le agarró la piel de la cara y la arrancó, dejando al descubierto los huesos al costado de los dientes, el pómulo y el maxilar.**



CRUZEX DE NOBELES DE LITERATURA

Acomode las palabras de la lista en el diagrama, de manera que se crucen correctamente



4 MANN
5 LEWIS
6 TAGORE
7 MARQUEZ
MAURIAC

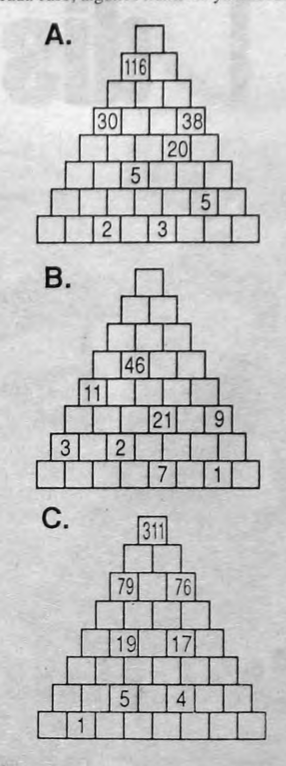
8 REYMONT
ROLLAND
CARDUCCI
FAULKNER
9 ECHEGARAY

10 QUASIMODO
SPITTELER
STEINBECK
ALEIXANDRE
LAGERKVIST

11 PIRANDELLO
MAETERLINCK
PONTOPPIDAN
SIENKIEWICZ

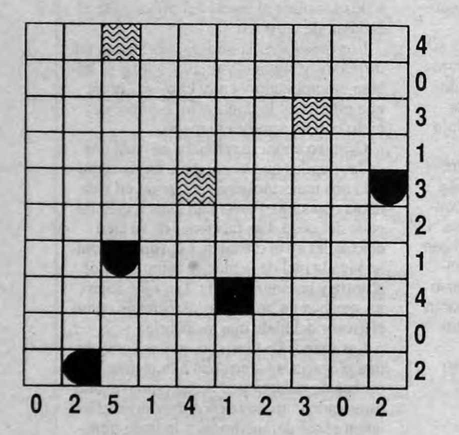
PIRAMIDES NUMERICAS

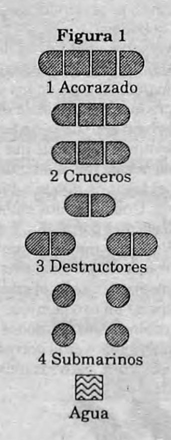
Complete las pirámides colocando un número de una o más cifras en cada casilla, de modo tal que cada casilla contenga la suma de los dos números de las casillas inferiores. Como datos se dan, en cada caso, algunos números ya indicados.

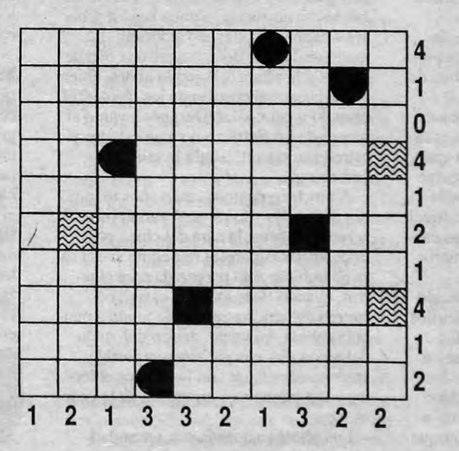


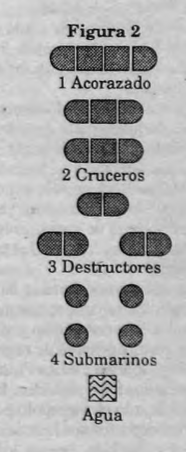
BATALLA NAVAL

En cada tablero hay escondida una flota completa, igual a las que se muestran en las figuras 1 y 2. Sólo se conocen algunos de los cuadros ocupados por la flota, y algunos de los que están invadidos por agua (tal como se indica en el interior de cada tablero. Fíjese que las formas le indican si se trata de una punta de barco, de un submarino completo, etc.) Además, al pie de cada columna y al costado derecho de cada fila, se indica con números cuántos cuadros ocupa la flota en esa columna o hilera. Deduzca, para cada tablero, la situación de la flota. Tenga en cuenta que en todos los cuadros alrededor de cada barco hay agua.



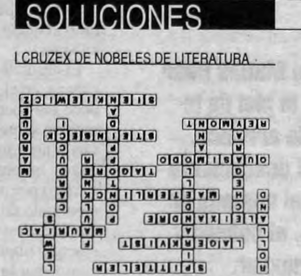




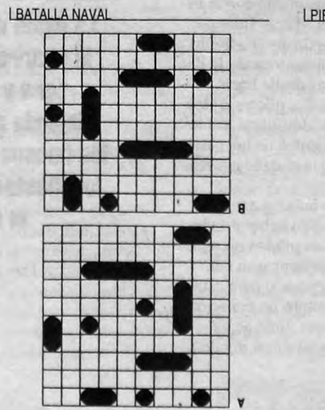


SOLUCIONES

CRUZEX DE NOBELES DE LITERATURA



BATALLA NAVAL



PIRAMIDES NUMERICAS

